



## Un médico mirando pasar un siglo A doctor watching a century go by

Carlos Francisco Fernández, MD, PhD, Médico-periodista\*

Hospital Universitario San Ignacio, Bogotá, Colombia

Recibido: 17 marzo 2026

Aceptado: 17 marzo 2026

Publicado: 09 abril 2026

\*Correspondencia: Carlos Francisco Fernández. cfernandez@husi.org.co

### Resumen

**Introducción:** El texto relata la trayectoria vital y profesional de Fernando Sánchez Torres (nacido en 1930), una figura central en la medicina y la vida académica de Colombia. Su vocación nació de un evento traumático en 1940: la muerte de su madre, tras la cual, al ver el llanto humano del médico tratante, decidió dedicar su vida a acompañar la existencia ajena.

**Materiales y métodos:** Se presenta una revisión narrativa de su trayectoria personal, profesional y académica en el contexto histórico y social de Colombia.

**Resultados:** A lo largo de casi un siglo, Sánchez Torres ha sido testigo de la transformación del país, desde la Bogotá del tranvía y el Bogotazo hasta las crisis universitarias y las reformas estructurales del sistema de salud. Además de su faceta como médico, ginecobstetra y rector de la Universidad Nacional, destaca su talento artístico como retratista, una vocación que estuvo a punto de desviarlo de la medicina en su juventud y que retomó con maestría años después. En el ámbito público, ha sido un defensor de la ética médica y un actor clave en la creación de la Ley Estatutaria de Salud, promoviendo la visión de la salud como un derecho fundamental y no como una simple mercancía.


**Conclusión:** El relato lo describe como un hombre de memoria prodigiosa, carácter dialéctico y una perseverancia inquebrantable.

**Palabras clave:** Medicina. Ética médica. Retrato. Pintura. Médico. Artista.

Med 2026; 48(1): 146-149

<https://doi.org/10.56050/RM-48-1-16>

[www.revistamedicina.net](http://www.revistamedicina.net)

© 2026 Los autores. Este artículo se distribuye bajo los términos de la licencia **Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0)**. Publicado con  **index** en nombre de Academia Nacional de Medicina de Colombia.

## Abstract

**Introduction:** The text recounts the life and professional career of Fernando Sánchez Torres (born 1930), a central figure in Colombian medicine and academic life. His vocation stemmed from a traumatic event in 1940: the death of his mother. After witnessing the human tears of the attending physician, he decided to dedicate his life to caring for others.

**Materials and methods:** A narrative review of his personal, professional, and academic trajectory is presented within the historical and social context of Colombia.

**Results:** Over the course of nearly a century, Sánchez Torres has witnessed the country's transformation, from the Bogotá of streetcars and the Bogotazo to university crises and structural health system reforms. In addition to his roles as a physician, obstetrician-gynecologist, and rector of the Universidad Nacional, his artistic talent as a portraitist stands out—a vocation that nearly diverted him from medicine in his youth and which he later resumed with mastery. In the public sphere, he has been a staunch defender of medical ethics and a key actor in the creation of the Statutory Health Law, promoting the vision of health as a fundamental right rather than a mere commodity.

**Conclusion:** The narrative describes him as a man with a prodigious memory, a dialectical character, and unwavering perseverance.

**Keywords:** Medicine. Medical ethics. Portrait. Painting. Physician. Artist.

---

Hay hombres a quienes la edad les va apagando la memoria con la discreción con que se apagan las lámparas de una casa antigua. A Fernando Sánchez Torres, en cambio, los años parecen haberle hecho el efecto contrario: la memoria no se le ha borrado, sino que se ha vuelto más precisa, más obstinada, más llena de detalles. Conversar con él es entrar en una casa donde el pasado no está archivado, sino caminando por los corredores. Las fechas aparecen completas, los nombres regresan con apellidos y todo, y los recuerdos —esos que a la mayoría de la gente se le van deshinchando con el tiempo— reaparecen con la nitidez de las cosas que todavía respiran. Hay algo más: cuando recuerda, no parece estar evocando, sino regresando.

Nacido en 1930, Sánchez Torres pertenece a una generación que ha visto casi un siglo pasar frente a sus ojos. Ha visto transformarse la medicina, la universidad y el país. Ha visto cambiar hospitales, ideas y gobiernos. Pero sus recuerdos no se ordenan como una cronología disciplinada. Aparecen más bien como escenas que vuelven de pronto, completas, con olor, con clima, con el sonido de fondo que tenían las cosas cuando ocurrieron. Una de

ellas ocurre en 1940, en una habitación silenciosa de Bogotá.

Allí yace una mujer que acaba de morir. Es su madre. El médico que intentó salvarla —el doctor Eudoro Castillo Vega— ha hecho todo lo que la medicina de entonces permitía hacer. Pero no bastó. Y entonces ocurre algo que el niño no esperaba: el médico se echa a llorar. Llorar con una tristeza abierta, abrazado al padre del niño. En esa escena, donde la ciencia acaba de reconocer sus límites, el niño comprende algo que no olvidará jamás: la medicina es una lucha permanente contra la fragilidad de la vida. Ese día toma una decisión silenciosa que terminará organizando su vida entera. Será médico. No para derrotar a la muerte —la muerte siempre termina imponiendo su ley—, sino para acompañar la vida mientras dura.

Décadas después, cuando habla de medicina, ese niño sigue allí. Se adivina en la manera como recuerda las salas de parto del Hospital Materno Infantil, o en la gravedad con que evoca aquellas noches en que una mujer llegaba con la vida suspendida entre la esperanza y el riesgo. En esas salas entendió que la medicina no es solamente una ciencia, sino también una forma de responsabilidad moral.

## **La tinta, los dibujos y la ciudad que ya no existe**

Pero antes de convertirse en médico, y durante un tiempo no tan corto, Fernando Sánchez Torres estuvo a punto de ser otra cosa: pintor.

La memoria trae esa escena con una claridad casi doméstica. Un niño bajo las cobijas copiando las tiras cómicas del periódico. Popeye, Tarzán, esos personajes que parecían vivir en un mundo donde las aventuras siempre terminaban bien. Afuera pasa el tranvía, y el sonido metálico de las ruedas sobre los rieles marcan el ritmo de una ciudad que todavía no sospecha lo que vendrá después.

Aquella Bogotá tenía el aire pausado de las ciudades que todavía cabían completas en la memoria. Todo costaba cinco centavos: el pasaje del tranvía, una gaseosa, un pan comprado en la esquina. Era también la misma ciudad en la que presencié el día de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y vio cómo la multitud acababa con la vida de Juan Roa Sierra. Y la misma en la que, años más tarde, el 5 y 6 de junio de 1954, siendo ya líder estudiantil, presencié en el centro de Bogotá la muerte de estudiantes en una confrontación absurda que marcaría para siempre la memoria de su generación. En su casa había un olor distinto al de las demás: tinta.

Su padre trabajaba en *El Tiempo*. No escribía artículos ni dirigía editoriales. Era impresor. El hombre que vigilaba las rotativas para que el periódico saliera cada madrugada con la precisión de un reloj. Había entrado siendo apenas un muchacho y terminó dominando aquellas máquinas gigantes que hacían vibrar el edificio cuando comenzaban a girar.

El hijo lo acompañaba algunas noches y lo que recuerda no son las noticias ni los titulares, sino el olor caliente del papel recién impreso y el ruido profundo de las máquinas cuando el periódico empezaba a correr como un río interminable entre los rodillos.

Tal vez por eso dibujaba. Dibujaba en los cuadernos, en los márgenes de cualquier papel, en los espacios vacíos de los libros escolares. En el Colegio

Americano, un profesor —el pintor Guillermo Silva Santamaría— descubrió que aquel muchacho tenía una mano privilegiada. Terminó pintando escenografías para las zarzuelas estudiantiles en el Teatro Colón, respirando el olor espeso de la pintura fresca en los telones mientras las luces del escenario se encendían lentamente antes de cada función.

Durante un tiempo pareció que ese sería su camino.

La tentación volvió a aparecer años después en la Facultad de Medicina. Un profesor de dibujo médico vio uno de sus trabajos y le dijo algo que quedó resonando durante mucho tiempo: estaba perdiendo el tiempo en medicina, debía dedicarse a la pintura. Incluso se ofreció a conseguirle un taller. Durante seis años esa frase lo acompañó como una duda persistente.

Pero hay decisiones que se toman una sola vez y después simplemente se cumplen. La promesa hecha frente al cuerpo de su madre seguía allí. La pintura, sin embargo, nunca desapareció.

Con los años regresó como regresan las vocaciones profundas: sin ruido. Hoy su obra —especialmente sus retratos— es reconocida por muchos como la de uno de los mejores retratistas del país. Sus cuadros no se limitan a reproducir un rostro; capturan algo más difícil de pintar: el carácter. Tal vez por eso, cuando pinta, parece hacer lo mismo que ha hecho toda la vida como médico y como maestro: mirar con atención.

## **Medicina, país y una vida siguiendo el sistema de salud**

La vida, sin embargo, no avanza en línea recta. Se mueve como la memoria: en círculos.

En algún momento aparece la escena de un camión militar atravesando la noche en una carretera del Sumapaz. Dentro del vehículo va un médico joven que hace su medicatura rural en Pandí. El país vive uno de sus periodos más violentos. En el camión viaja también una enfermera llamada Mónica que, cuando los disparos empiezan a escucharse en la oscuridad, saca un rosario y comienza a rezar.

Durante unos minutos creen que aquella noche será la última.

No lo fue.

Años más tarde, cuando nace una de sus hijas, el médico decide llamarla Mónica.

Ese médico joven es el mismo niño que había decidido estudiar medicina mirando llorar a otro médico.

Con el tiempo aparecen otras escenas que se superponen como capas de una misma historia: el profesor universitario que discute ética médica en la Universidad Nacional de Colombia, el decano, el rector que durante los años turbulentos de la universidad decide entrar personalmente a las residencias estudiantiles para ver con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo allí, el columnista que durante décadas ha seguido el pulso de la medicina colombiana desde las páginas de El Tiempo.

Pero hay otra dimensión de su vida que aparece con la misma persistencia: la del médico que ha observado, casi desde su nacimiento, el devenir del sistema de salud colombiano.

Sánchez Torres ha sido testigo de la transformación de la medicina durante más de medio siglo. Vio la medicina cuando todavía se sostenía sobre hospitales públicos austeros y sobre la vocación casi artesanal de los médicos. Vio nacer después la arquitectura institucional que surgió con la Ley 100 de 1993.

Y participó también en una de las discusiones más profundas que ha tenido el país sobre la naturaleza misma del derecho a la salud. Esa discusión desembocó en la Ley Estatutaria de Salud, la norma

que consagró la salud como derecho fundamental. Sánchez Torres convocó entonces lo que él mismo llamó una gran junta médica: presidentes de asociaciones científicas, líderes gremiales, académicos. Durante años se reunieron a discutir cómo debía entenderse la salud en un país donde el sistema había terminado atrapado entre la burocracia, los intereses económicos y las necesidades reales de los pacientes.

De esas discusiones nació una idea que hoy parece evidente, pero que durante décadas no lo fue: la salud no es un servicio que se compra, sino un derecho que se garantiza.

Cuando se le pregunta por su carácter, sonríe con una serenidad que desarma cualquier caricatura. No se considera cascarrabias ni terco. Dice algo más simple: le gusta discutir. Discutir sin insultar, discutir sin pelear. Como si la conversación fuera la forma más civilizada de buscar la verdad. Tal vez por eso su memoria sigue tan despierta. Hay hombres que atraviesan el tiempo distraídos. Otros lo atraviesan observándolo todo.

Cuando la conversación termina y la tarde empieza a caer sobre la ciudad, vuelve a aparecer una frase que parece resumir toda su vida. No la dice como un consejo ni como una consigna. La dice con la naturalidad de quien describe algo evidente: trabajo y perseverancia.

Y uno sale de la conversación con la sensación extraña de haber hablado con alguien que ha visto casi un siglo de país pasar frente a sus ojos y que, sin embargo, conserva intacta la curiosidad de aquel niño que un día decidió ser médico mientras miraba a un médico llorar.